

EDITORIAL

Efemérides y aniversarios

Jaime Alvar Ezquerro / Director

Por fin se ha producido el punto de inflexión que todos anhelaban para iniciar la *katábasis*, es decir, el descenso, la retirada tras la prolongada *anábasis* del independentismo catalán. No parecía legítimo eludir en este volumen de *RevHisto*, una mención al recorrido que ha conducido, desde un desencuentro político entre partidos tradicionalmente vinculados por intereses de diversa índole, a la ruptura del ordenamiento constitucional y la quiebra de la paz social en Cataluña. El recorrido y sus argumentarios son bien conocidos, por lo que no es mucho lo que se puede añadir, más allá de la expresión de una toma de posición. En la dramática situación a la que se ha conducido a la ciudadanía, es importante analizar una y mil veces desde una miríada de perspectivas diferentes el proceso en sus magnitudes diacrónicas de largo alcance y de la microhistoria. En pocas ocasiones el historiador puede ser testigo de un proceso en el que se perciben con tanta nitidez las intersecciones de los estímulos sociales y la toma de decisiones políticas. Es eso que está ahora de moda denominar la “agencia social” y la “agencia individual”. Son denominaciones nuevas para acceder a lo que antes de llegar a ser rancios y envejecidos llamábamos “motores de la Historia”; el debate de si la Historia la “hacen” los “grandes hombres” o las “dinámicas sociales”.

Una cosa queda clara en esta autopsia histórica: los “hacedores” de la Historia no son siempre “grandes hombres”. La mediocridad es un agente distinguido entre quienes están en la toma de decisiones. Desde una narrativa épica, para la que el relato requiere una versificación en hexámetros dactílicos, Puigdemont ha inscrito su nombre en la gloriosa historia de

Cataluña con letras de oro al declarar la independencia de la República Catalana. Sin embargo, más allá de lo que el versificador pueda escribir, hemos asistido al titubeo de un político desconcertado sobre el que pesaban más las presiones de los “agentes invisibles”, anónimos, que sus propias convicciones. Estuvo a punto de disolver el Parlament y convocar elecciones, lo que hubiera impedido incorporar su nombre en la epopeya. La “agencia” de los “grandes hombres” emulsiona en el contexto de sus coyunturas; por lo que, inversamente dicho, son las coyunturas las que determinan la toma de decisión y moldean a esos “grandes hombres”, que se diluyen en su realidad histórica, como azucarillos prescindibles. Sea, pues. La Historia como producto de los “grandes hombres” es un recurso retórico de una determinada ideología, a la que agradan conductores de almas, psicopompos políticos, que satisfacen una supuesta necesidad social de tener líderes.

La copiosa información a la que se ha sometido a la ciudadanía, o mejor, la tediosa actividad de comentaristas y tertulianos, ha provocado la multiplicación de “días históricos” en los últimos meses. Cada semana se nos anunciaban dos o tres de esos días que harían temblar a los escolares que hubieran de estudiarlos. A la vuelta de los hechos nos damos cuenta de que ninguno de esos días merecía el apelativo de “histórico”. Grandilocuencia de periodistas. En cualquier caso, se trata de efímeros días históricos. Afortunadamente, no generarán efemérides. Lo efímero no supera el día, la efeméride se sitúa sobre el día. Gracias a esta recordamos acontecimientos notables, hitos sobre los que se sustenta el relato histórico. De nuevo, oponemos el hecho al proceso, como más arriba el “gran hombre” a la dinámica social.

Tiene la efeméride el valor de ser soporte de la memoria y como tal debe ser concebida. No se trata necesariamente de una celebración, sino de una rememoración desde la cual se debe enunciar un relato histórico con un registro ético. No es preciso el aplauso al pasado: nadie lo escucha. Es necesaria la visión crítica del presente desde el conocimiento del pasado. Solo desde esa dimensión adquiere sentido la efeméride. Lo mismo cabe decir a propósito de los aniversarios, escogidos, señalados, celebrados u olvidados en virtud de los significados de los acontecimientos evocados desde las diferentes perspectivas de los agentes históricos, es decir, tanto de la fábrica de los hechos, como de su relato.

Este volumen es el resultado de un encuentro provocado por el dos mil aniversario de la llegada de Augusto al poder. La obra del primero de los emperadores romanos es sin duda colosal, a pesar de la escasa atención que se le presta desde los medios de comunicación o desde la historia popular. El artífice del Imperio panmediterráneo no ha sido objeto, tan siquiera, de una película. El objetivo de aquel encuentro, en el contexto de centenares de encuentros que coincidieron en el aniversario, no fue evaluar por enésima vez la figura o la acción política del *Princeps*, sino ahondar en el uso historiográfico. Es, sin duda, una perspectiva original que proporciona un valor adicional a este volumen.

Este año el Instituto de Historiografía ha prestado atención a otros aniversarios. En octubre, la Revolución rusa, en concreto, la acción femenina en el proceso revolucionario. En noviembre, por iniciativa de la Universidad Pablo de Olavide, el 1900 aniversario del acceso de Adriano al Imperio. En diciembre, los 500 años de la publicación en la puerta de la iglesia del palacio de Wittemberg de las 95 tesis de Lutero y el 200 aniversario del nacimiento de Theodor Mommsen. De todos los acontecimientos ocurridos en años acabados en 17 son esos tres los que han llamado la atención de nuestros colegas. Nadie se ha parado a pensar que el 13 de mayo de 1917 tuvo lugar la primera aparición de la Virgen en Fátima. En ella pidió a Lucía, Jacinta y Francisco sus pastorcillos escogidos, que volviesen el 13 de cada mes al mismo lugar durante los siguientes seis meses. El 13 de octubre se habían congregado en la cueva de Iria más de 70.000 personas, que dijeron haber visto cómo el sol giraba desprendiendo rayos de luz multicolores. El 1 de agosto de ese mismo año había muerto en la finca familiar de Castellterçol otro visionario, el patriarca del nacionalismo catalán, Enric Prat de la Riba.